

“En el año de 39, y en el año de 40 (1539 y 1540), algunos españoles, de ellos con autoridad y otros sin ella, por mostrar que tenían celo en la fe y pensando que hacían algo, comenzaron á revolver y desenterrar los muertos, y á apremiar los indios porque les diesen ídolos. Y en algunas partes llegó á tanto la cosa, que los indios buscaban los ídolos que estaban podridos y olvidados debajo de la tierra; y aun algunos indios fueron tan atormentados que en realidad de verdad hicieron ídolos de nuevo y los dieron porque los dejasen de maltratar. Mezclábase con el buen celo que mostraban en buscar ídolos *una codicia no pequeña*; y era que decían los españoles: en tal pueblo ó en tal parroquia había *ídolos de oro y de chalchihuitl*, que era una piedra de mucho precio; y fantaseábales que había *ídolo de oro que pesaba un quintal ó diez ó quince arrobas*. Y en la verdad ellos acudieron tarde, porque todo el oro y piedras preciosas se gastaron y pusieron en cobro y lo hubieron en su poder los españoles que primero tuvieron los indios y pueblos en su encomienda. También pensaban hallar ídolo de piedra que valiese tanto como una ciudad. . . . para esto alteraban y revolvían y escandalizaban los pueblos con sus celos en la verdad indiscretos. . . . De esto que aquí digo, yo tengo harta experiencia, y veo el engaño en que andan, y la manera que traen para desasosegar y desfavorecer á estos pobres indios, que tienen los ídolos tan olvidados como si hubiera cien años que hubieran pasado.”

En cuarto lugar, replican apoyándose en el testimonio nada menos que del P. Sahagún; el cual en su “Arte adivinatorio,” (que es el libro cuarto de la Historia General de las cosas de Nueva España, Historia enmendada en el año de 1585,) se expresa del modo siguiente: “No se olvidaron en su predicación (los primeros Misioneros) del aviso que el Redentor encomendó á sus discípulos y apóstoles cuando les dijo: *Estote prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae*, sed prudentes como serpientes y simples como palomas; y aunque procedieron con recato en lo segundo, en lo primero faltaron. Y aun *los mismos idólatras cayeron* en que les faltaba algo de aquella prudencia serpentina: y así con su humildad *vulpina* se ofrecieron muy prontos al recibimiento de la fe que se les predicaba. Pero quedáronse solapados en que no detestaron ni renunciaron á todos sus dioses con toda su cultura; y así fueron bautizados

no como perfectos creyentes, como ellos mostraban, sino *como fictos* que recibían aquella fe *sin dejar la falsa* que tenían de muchos dioses. *Esta paliación no se entendió á los principios* y la causa potísima de ella fué la opinión que los dichos predicadores tomaron de su perfecta fe, y así lo afirmaron á todos los ministros del Evangelio que sobrevivieron á predicar á esta gente. Los primeros que después de ellos vinieron, fueron los Padres Dominicos, y los segundos fueron veinte Frailes de San Francisco de la Observancia, entre los cuales yo vine, (llegó el P. Sahagún el año de 1529). A todos nos fué dicho, como ya se había dicho á los Padres Dominicos, que esta gente había venido á la fe tan de veras, y *estaban casi todos bautizados*, y tan enteros en la fe católica de la Iglesia Romana, que no había necesidad ninguna de predicar contra la idolatría, porque la tenían dejada ellos muy de veras. Tuvimos esta información por muy verdadera y milagrosa: porque en tan poco tiempo y con tan poca lengua y predicación y *sin milagro alguno*, tanta muchedumbre de gente se había convertido y unido al gremio de la Iglesia. . . .”

Lo mismo repitió el P. Sahagún, en su “Calendario Mexicano, Latino y Castellano,” escrito por los años de 1584 ó bien de 1585. En el Prólogo, hablando de “las disimulaciones de los indios,” escribe, que la tercera disimulación es tomada de los nombres de los ídolos; “pues los nombres con que se nombran en latín ó en español, significan lo mismo que significaba el nombre del ídolo que adoraban antiguamente.”

“Como en esta ciudad de México, en el lugar donde está Santa María de Guadalupe, se adoraba un ídolo que antiguamente se llamaba Tonantzín, y con este mismo nombre ahora llaman á Nuestra Señora la Virgen María, diciendo que van á Tonantzín ó que hacen fiesta á Tonantzín y *entiéndenlo por lo antiguo y no por lo moderno*. La ocasión. . . fué porque *á los principios*, con no tener entendidas las cosas de la fe ni aun copia de quién se las enseñaba, *ni haber visto milagros algunos*, se declararon por cristianos. . . .”

Respuesta: del P. Sahagún mucho habrá que decir más adelante, cuando le llegue su turno, por causa de unos pasajes que se leen en su Historia acerca de la Virgen de Guadalupe. Por ahora, nos contentamos con unas reflexiones propias de la materia que vamos tratando. Sea la primera: expresa y terminantemente el P. Saha-

gún en los pasajes citados habla de lo que había acontecido acerca de la conversión de los indios, hasta su llegada á México, por el año de 1529. Efectivamente, por aquella fecha, "á los principios," no había acontecido milagro alguno sorprendente, ó prodigio que llamase la atención de todos. Cometería, pues, un grosero anacronismo aquel que aplicase á los años siguientes lo que el P. Sahagún afirmaba de los primeros años de la predicación evangélica "á los principios." Segunda: lo que dijeron á los Padres Dominicos y al mismo P. Sahagún, en acabando de llegar á México, si se toma en todo rigor de términos, no deja de ser una piadosa exageración. Pues afirmaron que "de esta gente estaban *casi todos bautizados*," cuando sabemos que sólo á los dos años después el número de bautizados llegó á más de un millón; y que después de la Aparición en igual período de tiempo el número de bautizados subió á más de *ocho millones*, no contando los bautizados antes de 1531. Tercera: lo que dice el P. Sahagún sobre los indios que "con humildad *vulpina*, no renunciaron á todos sus dioses, sino como *fic-tos* recibían aquella fe sin dejar la falsa que tenían de muchos dioses," si se entiende en general y de lo común de todos los bautizados y no ya de algunas excepciones, se seguiría que sería falso lo que el mismo P. Sahagún escribió por los años de 1569 y 1579, como tenemos referido arriba, (núm. 2, págs. 161 y 162). Pues, si por confesión del mismo P. Sahagún, "á los veinte primeros años fué grande el fervor de los naturales," si "en estos nuestros tiempos, y en estas tierras, y con esta gente ha querido Nuestro Señor restituir á la Iglesia lo que el demonio le había robado en Inglaterra, Alemania y Francia, en Asia y Palestina: de lo cual quedamos obligados á dar gracias á Nuestro Señor y trabajar fielmente en esta Nueva España," es ya falso lo que el P. Sahagún escribía en 1585. Porque en el Prólogo de su Historia, enmendada precisamente en el citado año de 1585, el P. Sahagún escribe: que "los indios *nunca dejaron sus idolatrias*, sino que admitiendo la costumbre de admitir en su Panteón (templo de todos los dioses), los dioses de las naciones subyugadas, hicieron lo propio con el Dios verdadero, dándole lugar entre los ídolos, sin alterar en lo demás su antigua religión: si bien lo practicaban ocultamente por temor á los españoles." Con esto el P. Sahagún afirma lo contrario de lo que años antes había afirmado. Tenemos, por tanto, al Sahagún de 1585, confutado vigorosamente

samente por el mismo Sahagún de 1569 y de 1579. Cuarta: y es de mucha importancia, hay que tener presente lo que sobre el P. Sahagún escribió D. Joaquín García Icazbalceta, en la Bibliografía Mexicana del Siglo XVI. (§ 16, págs. 301-305.) "Preciso es confesar que el P. Sahagún, no conservó siempre la mansedumbre que debía esperarse de un religioso tan humilde é inofensivo como se le pinta. Solían agriarle las contradicciones que sufrió desde que estaba de Maestro en Tlaltelolco, por parte de los que impugnaban la enseñanza que allí se daba á los indios, y luego por los religiosos cuando se dió á investigar las antigüedades de la tierra. . . . El P. Sahagún, conocedor de muchos secretos de los indios, y *gran perseguidor de idolatrias*, llegó á verlas en todas partes. Condenaba el juego del volador y consiguió que se prohibiera: *hasta en las ceremonias cristianas descubría un fondo idólatrico, cuando las practicaban los indios. . . . Poseído de una idea fija, si no abultaba la realidad presente de las cosas, las extendía demasiado, suponiendo que desde el principio existió.*" Sobre las contradicciones que el P. Sahagún sufrió, señaladamente allá por los años de 1570, véase lo que él mismo escribe en la introducción; y el P. Torquemada, (Mon. Ind., lib. X, cap. 46).

Finalmente, y en quinto lugar, dicen que aunque no fueron los primeros Padres tan faltos de prudencia serpentina como les achacaba el buen viejo P. Sahagún, sin embargo, á los principios su ardiente celo de salvar tantas almas, les alucinó un poco, y no les dejó advertir la extrañeza de una conversión tan rápida, sin tener entendidas las cosas de la fe, y sin haber visto milagros algunos, como dice bien el P. Sahagún.

Respuesta: aunque esta objeción es casi la misma que se ha refutado ya en este mismo Capítulo, hemos vuelto, sin embargo, á proponerla para añadir algunas otras reflexiones que confirman las respuestas ya dadas.

Desde luego advertimos una contradicción manifiesta: porque antes habían dicho que para la explicación de tan feliz resultado, cual fué la conversión extraordinaria, no contribuyó poco la santidad de los primeros apóstoles de esta tierra, y tanto, que en sentir de algún autor, ella bastó para atraer los ánimos de las gentes, *sin necesidad de milagros*. Ahora dicen que una conversión tan rápida debe considerarse como "extrañeza," porque sin haber visto

milagros algunos, se convirtieron tantos. Después, lo que dice el P. Sahagún, de que los indios hasta el año de 1529, no habían visto milagros algunos, lo extienden indefinidamente á los años posteriores á la llegada de dicho Padre. Efectivamente, citaremos un solo testigo, pero mayor de toda excepción: el contemporáneo escritor Bernal Díaz del Castillo, de quien Dios mediante, nos ocuparemos en seguida, afirma todo lo contrario. En su Historia verdadera de la Conquista, cap. 150, al mencionar el cerro del Tepeyac, que él llama Tepeaquilla, dice, "adonde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde *hace y ha hecho muchos y admirables milagros.*" Y en el Capítulo 209, vuelve á hablar de la Santa Casa de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en Tepeaquilla, . . . y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día. . . ." Y volvemos á repetir: si por confesión del mismo P. Sahagún "á los veinte primeros años fué grande el fervor de los naturales," ya es falso que "el ardiente celo de los misioneros les alucinó un poco á los principios."

Por lo que toca á lo que dicen que los indios recibían el bautismo "sin haber entendido las cosas de la fe," á lo dicho ya arriba añadimos que según estos opositores, muy mal librados saldrían los mismos Apóstoles y Discípulos de Jesucristo, y los otros de quienes se trata en las Actas de los Mártires y en la Historia de la Iglesia. Porque en las Actas de los Apóstoles San Lucas nos refiere que el mismo día de Pentecostés en que el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, en un *solo sermón* de San Pedro fueron bautizadas cerca de tres mil personas; y pocos días después, en la predicación del mismo Santo Apóstol con ocasión de la curación del tullido de la Puerta del Templo, creyeron muchos más y fué el número de varones cinco mil. (Act., c. 2, v. 41; c. 4, v. 4.) Del mismo modo en las Actas de los Mártires hemos visto que muchísimos de los que presenciaban las respuestas que los Mártires daban á los Jueces sobre la confesión de Jesucristo, admirados de su constancia y de sus respuestas exclamaban "grande es el Dios de los Cristianos. . . ." y luego recibían ó el bautismo de agua ó el bautismo de sangre con morir mártires de la Fe. Según el dictamen de estos adversarios tuviéramos que decir, que alucinados bautizaron á tantos, no advirtiendo la extrañeza de una conversión tan rápida sin tener entendidas las cosas de la fe: porque en un solo sermón poco hu-

bieran podido entender. Responden tal vez que la gracia copiosísima suplía á todo. Pues precisamente así responde el Obispo Garcés: porque á lo que ellos llaman "*extrañeza,*" el Obispo lo llama *milagro*; pues "quiso Dios despertar en los principios de aquesta gente nueva los milagros antiguos."¹ Replican quizás que los antiguos veían el milagro de la constancia de los Mártires y otros. A lo que respondemos que ellos mismos dicen que la santidad de los primeros apóstoles de esta tierra contribuyó tanto á la conversión, que ella bastó para atraer los ánimos.

La conclusión de todo lo dicho es, que por confesión de los mismos opositores, la conversión de los mexicanos fué *rápida*, y que la cristiandad en México se había fundado "por orden no común." Hemos demostrado que esta conversión fué sincera y que suficientemente instruidos los indios recibieron el bautismo. El milagro que Dios obró para confirmar la predicación de los misioneros y excitar á los pueblos á la fe, fué la Aparición de la Virgen de Guadalupe. Los mexicanos, á imitación de los Santos Reyes del Evangelio, repetían: *Vidimus Stellam eius in Oriente et venimus adorare Eum.* Hemos visto su Estrella y hemos venido á adorarle.

1 El P. Motolinia, encareciendo mucho el fervor y la devoción de los indios convertidos, escribió: "Es muy de notar la fe de estos tan nuevos cristianos. . . . Estos nunca vieron lanzar demonios, ni sanar cojos: ni vieron quién diese el oído á los sordos, ni la vista á los ciegos, ni resucitar muertos. . . ." (Tratado I, cap. 14). De estas expresiones se sirven algunos para demostrar que en sentir del P. Motolinia, ni un milagro hubo en la conversión de los indios. Para vencerse de tan falsa consecuencia, basta leer lo que el mismo P. Motolinia, refiere acerca del niño Ascencio, de siete ú ocho años de edad, el cual "murió un día por la mañana, dos horas después de salido el sol: y muerto, no por eso dejaban los padres con muchas lágrimas de llamar á San Francisco, en el cual tenían mucha confianza; y ya que pasó de medio día amortajaron al niño, y antes que le amortajasen, vió mucha gente al niño estar muerto y frío y yerto y la sepultura abierta: y como á la hora que le querían llevar á enterrar, los padres tornasen á rogar y llamar á San Francisco, comenzóse á mover el niño, y de presto comenzaron á desatar y descoger la mortaja, y tornó á revivir el que era muerto; y esto sería á hora de vísperas; de lo cual todos los que allí estaban, que eran muchos, quedaron muy espantados y consolados. . . . Este milagro se publicó y divulgó por todos aquellos pueblos de á la redonda. . . . Este milagro, como aquí lo escribo, recibí del dicho Fr. Pedro de Gante." (Tratado III, cap. I). Luego, lo que decía el P. Motolinia, debe entenderse de la *frecuencia* de milagros. Véase también lo que se dijo al fin del Capítulo antecedente (pág. 150,) en donde referimos las palabras del mismo Padre; el cual en general afirmaba: "Muchos de estos convertidos han visto y cuentan diversas revelaciones y visiones: las cuales, vista la sinceridad y simpleza con que las dicen, parece que es verdad: mas porque podría ser al contrario, yo no las escribo; ni las afir-